

LA ISLA DE LA NADA

Novela

Patricia Sánchez-Cutillas

Copyright © 2015 Patricia Sánchez-Cutillas

All rights reserved.

ISBN-13: 978-1515066996

ISBN-10: 1515066991

Imagen portada: *La pesadilla*, Johann Heinrich Füssli

A Beltrán

Platón escribió en *La República*:

Cuando la parte más amable del alma duerme y el control de la razón desaparece, entonces el animal salvaje que hay en nosotros, saciado de carne o de bebida, se vuelve violento y, sacudiéndose el sueño, va en busca de lo que satisfaga sus instintos. Como ya sabéis, abandonará en tales momentos toda vergüenza y discreción y no se detendrá ante nada. En el ensueño no retrocederá ante el hecho de tener relaciones con una madre o con quien quiera que sea —hombre, Dios, bestia—, ni ante alimentos prohibidos ni actos sangrientos. En una palabra, será capaz de cualquier desvergüenza y locura.

Índice

PRIMERA PARTE:

LA ESTRELLA MUERTA.....	7
CAPÍTULO I.....	7
CAPÍTULO II.....	29
CAPÍTULO III.....	51
CAPÍTULO IV.....	71
CAPÍTULO V.....	97

SEGUNDA PARTE:

LA MUJER QUE HACÍA EL AMOR CON LA VOZ.....	107
CAPÍTULO VI.....	107
CAPÍTULO VII.....	127
CAPÍTULO VIII.....	151

TERCERA PARTE

EL JARDÍN DE LAS OCAS.....	171
CAPÍTULO IX.....	171
CAPÍTULO X.....	193
CAPÍTULO XI.....	213
CAPÍTULO XII.....	225
CAPÍTULO XIII EL JARDÍN.....	244

PRIMERA PARTE

LA ESTRELLA MUERTA

CAPÍTULO I

Estoy dentro de un tren parado en una estación, rodeada de mucha gente que tiene una herida en el lugar de la boca. Tengo que llegar como sea a mi destino, con tanta urgencia, que los nervios apenas me dejan respirar. De repente, entre la multitud veo a mi padre. Debo pedirle perdón. A lo mejor pierdo el tren, pero tengo que hablar con él. Bajo corriendo por las escalerillas. Cuando dejo de asirme a la barra metálica, algo se me desgarró. Creo recordar que son los dedos. Ya en el andén intento gritar para llamar su atención, pero no sale ninguna voz de mí, no puedo hablar. Él no me ha visto ni ha intuido mi presencia, a pesar de que los muertos lo saben todo. Entre las cabezas lo distingo saliendo por una puerta. Cuando cruzo el dintel, todo se transforma en una gran explanada rodeada de edificios en ruinas, y en el centro de ella hay varios corros de buitres a los que la gente da de comer como si fueran palomas. Un hombre joven,

que me está mirando, me dice: "Ten cuidado que a veces atacan a las personas". Yo paso con miedo entre ellos, con tanta cautela, que cuando me quiero dar cuenta ya he perdido a mi padre y también he perdido el tren.

Licinio cerró *La isla de la nada* y permaneció ensimismado. A través de la ventana se veía discurrir menos coches de lo habitual, se notaba que era el Día de los Difuntos. Vio pasar un autobús de servicio especial hacia el cementerio, y a gente con ramos de flores que se marchitarían en un par de días. Se preguntó dónde estaría enterrada la autora de *La isla de la nada*, en qué lugar de Madrid habrían colocado ese cuerpo castigado por la tortura de sus propios sueños, dónde se habrían ido su pensamiento y su miedo, y cerró un momento los ojos tratando de imaginar la mano femenina que había escrito ese diario en la intimidad de su ordenador, convencida de que nadie lo iba a leer nunca.

Desde que Licinio había empezado *La isla de la nada*, no había cesado de absorber pedazos de otra vida, de una vida que había desgarrado a quien tenía que sumirse en ella, como quien concibe a una rata dentro de sí mismo que, cuando crece y lucha por salir, destroza el cuerpo que la hospeda. Así eran los sueños de aquella mujer de veintiocho años, como ratas desesperadas por salir a la superficie. Sueños que procedían de las alcantarillas más sucias de la mente, sueños que la vaciaban y la herían.

Y porque él también empezaba a sentir la herida de su propia suciedad, pensó que quizá no debieran haber cogido el caso. Tal vez tendrían que habérselo dejado a los psicólogos; los detectives no estaban para seguir el rastro enfermo de la mente.

El reloj marcó en ese momento las cuatro menos cuarto. Desde pequeño había amado las horas y las fechas, le colocaban siempre en el momento adecuado. Pero desde hacía unas semanas el tiempo no pasaba para él, se sentía retenido en el mismo punto y los relojes y los calendarios no hacían sino confundirlo.

Samala estaría a punto de llegar. Ojalá acudiera pronto para que los roedores de su pasado no empezaran a castigarle. Abrió una página al azar y comenzó a leer de nuevo:

Nado dentro de un mar gris en un día claro y sin sol. En la orilla hay un grupo de gente, todos con togas negras. Al salir del agua, me doy cuenta de que estoy desnuda. Un hombre muy atractivo viene hacia mí con un velo de novia en la mano. Pero el grupo de gente me mira de forma hostil y yo temo que alguien intente agredirme. Trato de correr, desesperada. Pero no sé qué me pasa, no puedo moverme. Cuando miro hacia abajo, veo mis pies enterrados en la arena. No puedo sacarlos. Tiro y tiro de ellos con mucha fuerza. Siguen inmóviles. Al cabo de unos minutos miro hacia atrás. Aún estoy en la playa y todos han desaparecido. Ya no hay peligro y, sin embargo, comienzo a llorar, desesperanzada, porque no puedo mover las piernas.

Cuántas veces había soñado él con la vergüenza de estar desnudo, cuántas veces y cuánta gente también lo habría hecho. Ese sueño se habría repetido de forma indefinida, quizá durante siglos, en miles de conciencias. Pero ella aportaba algo más: el miedo a la agresión o, para ser más exactos, el miedo a una falsa agresión que no llegaba a ocurrir, que no existía pero que le descubría el pánico a su propia impotencia.

La impotencia por no encontrar a su padre en ninguno de sus sueños, por no poder escapar cuando quería, por no poder ni moverse ni sentir... Como si en cada acto que hubiera intentado realizar en su vida hubiera un germen demoledor que la paralizaba antes de iniciarlo.

El ruido de unos tacones enérgicos y desasosegados subiendo desde el portal se le mezcló con su pensamiento. Por la brusquedad con que la llave se introducía en la cerradura, dedujo que su compañera estaba aquella tarde de mal humor.

La puerta de la oficina se abrió, los tacones se afirmaron aún más y enfilaron hacia su despacho. Samala, ojerosa y probablemente con resaca, se asomó bajo el dintel de la puerta.

—Odio a las madres, Licinio, las odio a todas. Me gusta este caso pero no sé si voy a ser capaz de ponerme a las órdenes de una de ellas.

Al entrar, lanzó su bolso sobre el sofá, cogió una lima del bote de los bolígrafos y se repantigó sobre una de las sillas.

—No puedo con ellas, sobre todo con las sacrificadas y me parece que nuestra doña Eulalia es de ese estilo.

Se limó un poco el dedo corazón y luego lo levantó para estudiarlo a contraluz.

—Tiene gracia esto de tener que venir hoy a trabajar. Después de cinco años, de repente, le entra la impaciencia. Yo creo que le da morbo empezar el Día de los Difuntos.

—No despotriques contra quien te va a dar de comer.

—Espérate a que no nos eche veneno en la comida.

Y, a continuación, dejó la lima en el bote y comenzó a jugar con el manuscrito de *La isla de la nada*.

—Me llama mucho la atención la frase con la que empieza el diario. ¿La has leído? —buscó la primera página—. Aquí está: *Siempre he tenido la sensación de que nunca he querido a nadie, de que mi corazón no es más que hielo vestido de carne tierna. Al único hombre que amé lo he desquiciado y a las únicas personas que me aman las estoy destruyendo*. Para mí que la mató el marido cuando leyó esto.

Licinio sintió que la irritación lo dominaba. Necesitaba moverse. Se levantó con brusquedad. Últimamente le asaltaban oleadas de rabia, pero no sabía cómo sacarlas de su cuerpo. Su compañera debió de percatarse de que se acordaba de Virginia porque cerró el manuscrito de golpe y enseguida dijo:

—¿Sabes? Ayer leyendo *La isla de la nada* me di cuenta de que oí algo de este caso hace unos cinco años. Yo estaba cenando en casa de unos amigos de Esteban. Recuerdo que uno comentó una noticia un poco rara, oída en un programa de esos de radio local. Una mujer se había suicidado dejando solo un diario de sueños. Me acuerdo que Esteban empezó a hacer comentarios macabros, como no, sobre qué preferiríamos si nos diera por suicidarnos: dejar una carta al juez o un diario de sueños...

—¿Qué contestaste? —la miró mientras recordaba al pobre Esteban, el hombre caballo, el caballero que había visto a Samala como una delicada dama a la que había que proteger.

—Pues yo, como ya estaba un poco hartita de Esteban y de todos sus amigos, que no eran más que una panda de meapilas, les dije que prefería la carta porque el psiquiatra me había puesto una temporada a estudiar mis propios sueños y, de lo enrevesados que eran, me daba menos vergüenza que me sorprendieran desnuda y follando en mitad calle. Se me quedaron todos medio espantados. Primero por lo del psiquiatra y luego porque esa gente nunca habla de follar. Sobre todo Esteban, que los escasos meses que estuvimos saliendo se los pasó intentando reeducarme.

Sonrió satisfecha y prosiguió:

—Antes de dejarlos un poco fríos para el resto de la cena, sé que alguien comentó que por motivos éticos la familia no quería que el diario llegara a la policía. Pero la policía lo tomó como prueba, ya sabes, porque alguien lo tiró a la basura después de que ella muriera. Esteban, para romper el hielo, los indujo a todos a bromear sobre qué tendría el diario para que alguien se hubiera tomado la molestia de entrar en una casa con fiambre.

—¿Y?

—Pues la verdad es que no consigo acordarme a qué conclusiones llegamos. Supongo que algunas inútiles, por supuesto. Mi ex era un hombre descafeinado, con amigos descafeinados a su alrededor, de esos que te están intentando cambiar para que te adaptes a las normas sociales, un niño bueno cargado de razones y de crueldades y que no te respeta nada como persona.

Licinio notó que Samala se iba enfadando a medida que lo contaba. Su cuerpo se erguía mientras el ritmo de la voz se aceleraba.

—Creo que no he conocido a nadie más cruel que la gente meapilas. A ti te caía bien, no sé por qué razón, pero te aseguro que detrás de él no había más que mierda. Menos mal que me di cuenta porque ya empezábamos a hacer planes más trascendentes.

Para Esteban los planes trascendentes serían los de boda religiosa, para Samala consistirían en la convivencia. En realidad no hubieran llegado muy lejos como pareja.

—En esa familia se trataba a las personas como una oveja. Ahí si

entrabas a formar parte de “el apellido“, no te dejaban en paz ni a sol ni a sombra, tenías que estar con ellos y vestir como ellos querían. Adiós minifaldas, películas en salas de versión original, cursos después del trabajo... La verdad es que tuve mucha visión dejándolo.

Samala le había contado la misma historia más de una vez. Parecía como si lo de Esteban le hubiera costado dejarlo y aún trataba de convencerse de que había hecho lo mejor.

—A mí Esteban me caía muy bien, pero en realidad no pegabais —dijo para apaciguarla.

Notó que el rostro de Samala se distendía. Pero lejos de hacerla callar, se entusiasmó.

—¿Te he contado lo de la bisabuela que encerraron en un sótano para que no se casara con un comerciante? Es una historia de familia que cuentan en plan gracioso, pero que en realidad refleja la mentalidad de ellos, aunque ahora vayan de modernos. Por no hablarte de la tía que incapacitaron, esa ya en los años cincuenta. Tienen una tía vieja, fea y atontada que por lo visto de joven era una belleza y se enamoró de un individuo casado. Bueno, pues la familia la cogió, la declaró loca, la metieron en un psiquiátrico sin tener ni una enfermedad mental; a los cinco años salió medio atontada y gruesa y el individuo casado ya no quiso saber nada de ella. Ni él ni ningún otro. Recuerdo que Esteban me contaba aquello como una broma y que a mí me parecía una tragedia. Me entraban ganas de llorar...

Licinio miró el reloj. Samala estaba demasiado enfrascada para medir el tiempo y la interrumpió:

—Ya son las cuatro, Samala. Vámonos.

El detective estaba incómodo. La voz aguda de Eulalia Somosierra lo ponía nervioso. La sentía como un llanto sin solucionar. Sentados los tres alrededor de la mesa, se encorbaba sin suficiente lugar para estirar las piernas y, sobre todo, sin escapatoria. Había algo en ese salón con paredes forradas de madera que le intranquilizaba. Y no sabía qué, porque la bandeja de dulces, las fotografías sobre la repisa, la luz difuminada a

través de los visillos, armonizaban con el entorno. Y sin embargo sentía inútilmente la necesidad de que su mirada tropezara con un objeto que rompiera aquella armonía marrón un tanto decadente.

Eulalia se llevó a los labios la servilleta de hilo y dijo:

—A las once y media de la noche, yo ya estaba acostada y Leona me despertó. Entró en mi cuarto sin llamar. "Se tiene que vestir, señora". Yo no entendí por qué me decía eso. Di media vuelta y seguí durmiendo. Pero ella vino hasta mi cama y me despertó. Entonces, la oí llorar mientras me zarandeaba enloquecida. Encendí la lamparilla y vi que tenía los ojos rojos "¿Qué pasa?", le pregunté. "Que la señorita ha muerto", respondió. "Dese prisa si quiere ver cómo fue".

—¿Se lo dijo así? —preguntó Samala.

—Me lo dijo así, de una puñalada —Eulalia movió la cucharilla del café con furia mientras cerraba los ojos para contener las lágrimas—. Este tipo de gente, ya se sabe, puede tener un gran corazón pero son muy brutos —dio un sorbo—. No recuerdo muy bien lo que pasó. Sé que se me agarró el pecho. Me vestí automáticamente. Me habían dicho lo peor, y en mi desesperación aún pensaba que se habían equivocado. Mi hermano Roberto vino enseguida, el pobre, siempre tan bueno... Llegamos a la casa de mi hija. Allí estaba todo acordonado por la policía. Creo que Roberto habló con alguien, no me acuerdo muy bien de esos momentos. Por el camino me dieron el pésame. Y en ese momento me derrumbé.

Eulalia hizo ademán de secarse las lágrimas.

—No les importa que llore, ¿verdad?

Licinio lo negó con un movimiento de cabeza. Se fijó en cómo la anfitriona, hundida en el sofá, envuelta en aquella soledad marrón, se sacaba un pañuelo de hilo del bolsillo de su traje chaqueta para sonarse la nariz y continuar.

—Cada vez que hurgo en la herida, el dolor me ataca —guardó el pañuelo—. Me subieron al piso entre Roberto y un policía. Me preguntaron si estaba preparada para ver el cadáver. Yo le dije que sí. Nada más entrar vi a mi yerno en la sala, lo estaban interrogando. Cruzamos las miradas sin decirnos nada. Luego fui

hacia el baño. Mi hija estaba en la bañera —se llevó la mano a la boca como si fuera a contener un grito—. Había sangre por todas partes —rompió a llorar—. Estaba en la bañera toda sucia, toda rodeada de rojo.

Eulalia se levantó.

—Perdonen. No quiero hacerles una escena.

—Lo podemos dejar para otro día, si quiere —dijo Licinio, confuso. Se sentía mal por provocar la resurrección de un dolor—. O incluso esos detalles los podemos ver en los informes.

—No, otro día va a ser igual. Prefiero acabar hoy.

—¿Quién más estaba allí? —preguntó Licinio.

—No tuve ojos nada más que para el cuerpo de mi hija —su voz había adquirido un tono más lento—. Sé que me dejaron pasar, e inclinada sobre la bañera me pregunté qué diferencia había entre estar vacía o llena, entre aquella noche o la anterior. Hasta que empecé a pedir a gritos que alguien volviera a meter toda la sangre dentro de su cuerpo —volvió a sentarse y cruzó las piernas—. No me acuerdo de más. No sabía qué hacer. Le dije a Roberto que me llevara con Javier, mi yerno. Necesitaba verlo, abrazarlo. Pero él —movió la cabeza de un lado a otro— ¡qué hombre!, ni siquiera en aquel momento quiso olvidar. Le dijo a la policía que no quería ni verme. Luego me enseñaron una bolsa de plástico negra, de las de basura. Olía mal. El ordenador estaba dentro. Sí, era el suyo, era la misma marca, un olivetti portátil. Aún recuerdo el primer día que lo trajo a casa. Sería un año antes de casarse con ese... prefiero no hablar porque la hizo una desgraciada. Nadie se podía imaginar que esa máquina iba a durar más que ella.

Él se acordó de los informes de la policía. En el ordenador solo estaba metido el programa de tratamiento de texto y para lo único que lo había usado la víctima era para escribir el diario de sueños que ella misma había titulado *La isla de la nada*. No se encontró nada más.

—Y ya, nada. Roberto me llevó a casa. Me dieron algo más para dormir, unos tranquilizantes.

Empezó a ponerse más nerviosa y alargó una mano hacia el plato de pastas.